DOMINGO IV DE CUARESMA (A)
Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuario de Santa María de Montserrat
26 de marzo de 2017
1S 16,1.6-7. 10-13a / Ef 5,8-14 / Jn 9,1-41

Cuando la Iglesia proclama sacramentalmente la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica no lo hace para aportar a los oyentes una información meramente historia de unos hechos ya pasados. No hemos proclamado la narración del ciego de nacimiento para saber más o menos lo que pasó entre él y Jesús ese día sino que para que pueda pasar ahora algo bastante significativo en nuestra vida como para que ésta aumente en su calidad más profunda que es el amor.

Como hombres y mujeres de fe, unidos por el bautismo a Cristo que es la luz del mundo, estamos llamados a ser luz en Él con las obras, porque sus obras, las obras del amor, siempre crean la posibilidad de la fe en Dios a los que no lo conocen y aumenta la fe de aquellos que, conociéndole, ya lo aman. Las obras del amor son una forma positiva de vivir desde la fe; una fe que es capaz de comunicar alegría y esperanza precisamente allí donde puede haber todo lo contrario. Estas obras son la bondad, la justicia y la verdad que nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura.

Dios ilumina la mirada del corazón con una luz que viene de Él y que, sin deslumbrar, con calidez pero con absoluta claridad, pone de manifiesto en uno mismo y en su entorno, la realidad tal como es; diríamos que ilumina toda la casa pero también sus telarañas. Esta luz es su Palabra que es también al mismo tiempo como un agua viva capaz de devolvernos la claridad del alma tan deseada. Esto, a menudo, no se da sin la dificultad o la contradicción, pero de hecho, tanto una cosa como la otra, no son una fatalidad sino un buen acicate. Lo vemos escenificado en el ex ciego de nacimiento: la controversia y la presión a que le someten los fariseos, en lugar de amedrentar-lo lo hacen crecer, elaborando, desde la evidencia de la curación, la razonabilidad de su fe hasta poner en jaque a la incredulidad ciega de los mismos que lo asediaban a preguntas.

El relato nos muestra que la fe se construye sobre la experiencia concreta de la plenitud de la vida de Dios que cada uno acoge e intenta vivir. El creyente, como el ex ciego de nacimiento, ante el escepticismo o la sorna de quien pregunta sin querer escuchar, apela a su experiencia. Yo no veía nada de más en la vida y ahora veo Jesucristo como centro y sentido; y eso no lo he buscado yo, que no veía, ha sido Él quien me lo ha mostrado y yo he creído; y la alegría de Dios se ha apoderado de mí.

La fe que así actúa por el amor puede desvelar lo mejor de los que la perciben, remover la conciencia de quienes la rechazan, provocar interrogantes a los que no la conocen, pero siempre suscita oportunidades, momentos de gracia donde se puede ver claro, aunque sea solo por un instante, que no hay nada sentenciado y sin retorno, que todo puede cambiar a más y a mejor si uno hace suyo el impulso de esta luz que viene de Dios. Por parte de los creyentes se trata, tal como hemos visto con Jesús, de no perder fuerzas con razonamientos interminables sino reforzar la convicción en la acción concreta de las obras del amor que llegan a los sentidos y a la inteligencia humana con un primer rayo de sol sorprendiendo una mañana nublada.

De la aceptación o del rechazo de esta luz superior que llevan las obras del amor, el mismo evangelista ya nos ha dicho en otro lugar cuál es el motivo: *los que prefieren la oscuridad que la luz es porque sus obras no son buenas y no quieren que sean descubiertas.* Aquí todos tenemos el peligro de caer si confesando Jesús con los labios lo negamos con nuestros malas obras; De ahí la importancia de la luz de la Palabra de Dios en nuestra vida para verlo y poder salir de la falsedad mediante el perdón y la gracia a fin de vivir en la calidad humana y espiritual de la verdad que nos ofrece Jesucristo.

El que había sido ciego y ahora ve, es expulsado de la sinagoga, ya menudo no es extraño que el que en su vida quiere pasar de la oscuridad a la luz sufra el rechazo de quienes prefieren la oscuridad ni que sean de su propio linaje. El ex ciego es expulsado de la sinagoga pero encuentra en Jesús y sus discípulos el verdadero santuario, donde se da culto en espíritu y en verdad tal

como había sido dicho a la Samaritana. Es evidente que este culto no se puede dar a Dios más que en el hombre, porque consiste precisamente en la práctica de las obras del amor.